

VERSION IN EXTENSO
10 FOROS, 40 EXPOSITORES

Los textos siguientes corresponden a la transcripción literal, completa, de todo lo expresado verbalmente por cada uno de los expositores en los FOROS de Congreso Ciudades. Las transcripciones se hicieron a partir de la versión taquigráfica del registro de audio.

FORO 2: INTERVENCIÓN DE LUIS BRESCIANI	1
FORO 2: INTERVENCIÓN DE CLAUDIA PASCUAL.....	7
FORO 2: INTERVENCIÓN DE DANIEL JOHNSON	11
FORO 2: INTERVENCIÓN DE CLAUDIO ORREGO.....	17

FORO 2: INTERVENCIÓN DE LUIS BRESCIANI

El señor LUIS BRESCIANI.- Muchas gracias por la invitación al Senado, al equipo que ha desarrollado Congreso Ciudades, que nos parece una iniciativa que no solamente interpela a la academia o al diseño de políticas públicas, sino que debiera interpelar a la comunidad y a la sociedad en su conjunto. De ahí la importancia que esté situado en el Senado de la República, que tiene, además, una trayectoria y una proyección mucho más allá de los ciclos de gobierno de cuatro años.

Así que, en ese sentido, muy agradecido por la invitación. Y hablo no solamente desde el punto de vista de la academia, en la cual estoy hoy día, sino también, como decía muy bien Juan Sebastián (*referido al moderador del Foro, Juan Sebastián Lama*), desde la perspectiva de aquellos que hemos estado en la academia, en la política, en el diseño de políticas públicas.

Diez minutos es superpoco, así que solamente voy a disparar, solamente disparar ideas y conceptos desde la perspectiva de uno, esperando que los excelentes expositores que acá están presentes puedan ir complementando una visión que finalmente es colectiva.

(El orador apoya su intervención con una presentación digital).

Se suele hablar de la crisis de la ciudad, pero claramente estamos hablando también de la crisis de las sociedades.

Probablemente, hoy día podemos definir que las crisis sociales o políticas que hoy día vivimos son esencialmente crisis urbanas, tienen que ver con la

manera en que convivimos y con los conflictos que desarrollamos en los lugares que habitamos.

Si bien en Chile cerca de nueve de cada diez chilenos viven en ciudades -por lo tanto, el desarrollo de las ciudades es fundamental- y cerca del 75 por ciento del desarrollo económico también radica hoy día en las ciudades, son las ciudades las que enfrentan también la mayor cantidad de conflictos.

No solamente son las que consumen más energía y, por lo tanto, impactan más en el cambio climático, sino que son también las que generan mayores cantidades de gases de efecto invernadero. Por lo tanto, solo frente al tema climático, las ciudades juegan un rol crítico, pero también son una posibilidad de solución.

Normalmente cuando hablamos de crisis de ciudades, solemos hacer una larga lista de problemas y solemos más bien sangrar frente a nuestras deudas. Pero también podemos decir que las ciudades chilenas han mejorado considerablemente los últimos cincuenta a sesenta años; no solamente en los últimos treinta años, sino que también en un período de cuarenta años entre 1931 y 1973, donde el desarrollo del Estado y las capacidades públicas crecieron fuertemente. Es un período esos cuarenta años que hay que volver a mirar, específicamente hoy día que conmemoramos los cincuenta años del golpe.

Pero las ciudades han avanzado sustancialmente. No solamente se ha movilizado la infraestructura y se ha logrado una alta cobertura de servicios públicos, como los sanitarios, que ponen a las ciudades chilenas en un punto de modernidad sustancialmente distinto al que enfrentan otras ciudades latinoamericanas, donde el mayor problema de ciudad es básicamente la informalidad y el acceso a servicios (agua potable, alcantarillado y electricidad), sino que, además, hemos sido capaces de expandir fuertemente el transporte público. Más allá de todos los conflictos o las críticas que puedan haber, la cobertura de transporte público en las ciudades chilenas no solamente ha crecido, sino que es de calidad y ha mejorado sustancialmente gobierno a gobierno, lo cual garantiza a todos los habitantes el acceso a las oportunidades.

Y a pesar de que hoy día enfrentamos una crisis de vivienda fuerte y radical, con un crecimiento del déficit que en los últimos diez años se ha disparado en comparación a lo que teníamos a principios de la década de los noventa, podemos decir que también hemos tenido cierto éxito en enfrentar la capacidad de proveer viviendas, proveer de urbanización y acceso a servicios. Y, en ese sentido, cualquier proceso de mejoras parte también de los avances.

Sin embargo, hay muchos problemas que no podemos resolver con más de lo mismo, que no se resuelven con los mismos instrumentos con los cuales hemos trabajado en el pasado.

Y, por lo tanto, reitero: la crisis de la sociedad hoy día es la crisis de la ciudad. Y de ahí la importancia de este congreso en términos de que la ciudad puede ser el camino para resolver las crisis en la democracia, las crisis climáticas, las crisis sociales y, obviamente, las crisis ambientales, generales y económicas.

La segregación social nos ha golpeado fuerte y es una de las características fundamentales de nuestras grandes ciudades y áreas metropolitanas. Es una herida que está en la forma en que hemos construido ciudades en las últimas décadas.

Cerca de 600 mil familias hoy día no tienen vivienda y, por lo tanto, viven o en campamentos o en condiciones de marginalidad que son absolutamente inaceptables y, a pesar de los éxitos en la década de los noventa y parte de la década del 2000, desde el año 2011 en adelante los déficits han empezado a estancarse o a crecer fuertemente.

Cerca de 100 mil hogares -dependiendo de quién lo mida: si es el Estado o Techo o Déficit Cero-, cerca de 100 mil hogares hoy día viven en campamentos. Y aunque el déficit habitacional es mucho más alto, los campamentos siguen siendo de alguna manera la medida visible de esta crisis del acceso al suelo y el acceso a oportunidades dentro de la ciudad.

Pero no solamente hay déficit de viviendas, que es en lo que solemos concentrarnos hoy día: más de 1 millón 300 mil hogares -en la última Casen; esperamos que la nueva también pueda complementar este dato- viven en territorios con altos déficit de calidad de vivienda, de calidad de espacio público, de seguridad y, obviamente, de acceso a oportunidades. Y, por lo tanto, el déficit cualitativo, que a veces queda escondido detrás de la crisis del acceso a la vivienda directa, es probablemente la mayor herida que tienen nuestras ciudades, es decir, el *stock*, aquellos que accedieron a ciudad, los que podríamos llamar “los con vivienda, pero sin ciudad”.

Pero también enfrentamos las crisis climáticas, de vulnerabilidad. Durante los veranos los temas de los incendios se han vuelto recurrentes y afectan a los bordes de las ciudades, y durante los inviernos, podría mostrar una imagen del anegamiento, por ejemplo, de vastas áreas de Curicó o de sectores, por ejemplo, en Licantén, o para qué hablar de la imagen de este edificio a punto de caerse en las dunas de Concón o en las dunas de Reñaca.

Y lo mismo ocurre...

Está un poco lento esto.

Conflictos con el patrimonio. Todavía no podemos llegar a acuerdo en una ley patrimonial que permita no solamente congelar o proteger, sino regular adecuadamente el desarrollo de las ciudades, integrando el patrimonio, reusando lo que tenemos e invirtiendo en el *stock* construido, que es lo más importante para los

próximos treinta años: no construir lo nuevo, sino recuperar lo antiguo. Y “lo antiguo” me refiero no solamente a lo que consideramos de valor histórico, sino a todo, incluyendo a la vivienda.

Tenemos una crisis con la renovación urbana. La densidad ha sido personalmente siempre un elemento fundamental para crear buena ciudad, pero hoy día la manera en que la planificamos y la desarrollamos ha generado conflictos, como los llamados “guetos verticales” en el caso de Estación Central, lo cual ha generado conflictos en todas las comunidades.

La idea de que el desarrollo es una amenaza se ha convertido en un problema, y las comunidades reaccionan obviamente con organizaciones como esta, oponiéndose a cualquier proceso de desarrollo, incluso de vivienda social e incluso para sectores vulnerables.

Y para qué hablar de la crisis de la ocupación urbana o suburbana territorial, con el conflicto de la ocupación del DL 3.516 y las parcelas de agrado, que ha llegado a un punto de crisis respecto a una forma de no-ciudad; la informalidad total de la ciudad, construida al margen de la planificación, al margen de la organización y al margen de todo tipo de regla.

Y esto particularmente se da en un contexto donde, a pesar de que uno pueda hablar de muchos tipos de ciudades, como lo plantea el Congreso Ciudades, claramente estamos hablando de un país donde las ciudades y las grandes áreas metropolitanas -ha llegado justamente el gobernador (*referido a Claudio Orrego*)- juegan un rol fundamental: seis de cada diez chilenos viven en áreas metropolitanas, según las reglas de la ley que se aprobó el 2018. Y eso implica que atender a este tipo de ciudades, donde se concentran los mayores dramas, es fundamental en la política actual; no es un tema genérico del desarrollo urbano, es un tema que se focaliza particularmente en las grandes ciudades chilenas.

¿Cuáles son las barreras? Uno podría decir “falta plata”; Chile ha incrementado el gasto público en general. ¿Faltan instrumentos? Estamos llenos de instrumentos, muchos, muy buenos.

Pero las principales barreras son políticas.

La primera barrera es la crisis de gobernanza. La primera es que todavía -y probablemente el gobernador va a poner más énfasis en esto- el gasto público, gran parte del gasto público, lo manejan los Ministerios, lo maneja el Gobierno central; por lo tanto, la toma de decisiones sobre las ciudades no solamente está concentrada en el Estado central, sino que además está dispersa entre distintos Ministerios. Cerca de ocho Ministerios toman decisiones respecto al desarrollo de la ciudad, lo cual, además, se expresa en esta fragmentación de instrumentos para poder gobernar.

Los instrumentos disponibles son muchos. Chile ha sido muy eficiente en crearlos, pero están dispersos, dispersos en distintas autoridades y no concentrados en autoridades únicas con capacidad de planificar y organizar y combinar estas distintas herramientas o estas distintas soluciones para poder resolver los problemas de los territorios y de los lugares.

Y para qué hablar de la fragmentación territorial, que afecta particularmente a las grandes ciudades, donde seis de cada diez chilenos viven en ciudades fragmentadas, entre múltiples municipios, donde muchas potestades municipales no logran resolver problemas que son metropolitanos o de ciudad, y estas potestades centralizadas, dispersas, tampoco logran resolver esos problemas.

Y para qué hablar de la enorme desigualdad entre municipios, que genera problemas tributarios entre municipios pobres y municipios ricos, lo que no tiene que ver con el ingreso per cápita, sino con una desigualdad también en la capacidad de invertir en bienes públicos.

¿Cómo responder a estas demandas? Lo primero, y voy a decir una frase que le he escuchado muchas veces al gobernador: cuando uno tiene solo un martillo, todo parece clavo -se la he copiado-; y, por lo tanto, hay que superar los instrumentos aislados y esta dispersión de autoridad. Es la única solución política para responder en forma integrada, para hablar de ciudades y no solo de personas.

Por lo tanto, hay que pasar a la caja de herramientas, hay que convertir a los encargados de la ciudad para que puedan manejar esta cajita de herramientas que el Estado ha creado, pero concentradas, de manera de poder utilizarlas en forma inteligente, con autoridad y con liderazgo, cosa que es imposible ante la fragmentación territorial municipal e imposible ante la fragmentación de los hilos intersectoriales.

¿Qué puede hacer la política? Para responder rápidamente -es la pregunta que el Congreso ha hecho-, no voy a entrar en detalles de qué leyes hay que cambiar o no -sería una lata, eso es para otro congreso-, pero yo diría cinco cosas que por lo menos a mí me preocupan.

La primera, hay que transferir poder y recursos a las ciudades y a las metrópolis, para no hablar solamente de descentralización. En la medida que las ciudades tienen poder para decidir sobre su desarrollo, la capacidad de integrar instrumentos y resolver esta dispersión se hace posible, particularmente las metrópolis, dado este escenario metropolitano que tiene Chile.

Segundo, hay que fortalecer la institucionalidad permanente de planificación integrada. Hoy día tenemos muchos instrumentos de planificación, pero están dispersos. Para poder integrarlos no hay que crear un megaplan, hay que tener la capacidad y la potestad de poder coordinarlos de forma eficiente, y eso implica transferirlos. Pero también hay institucionalidades que planifican de forma

permanente, que no dependen de los ciclos políticos, de la elección de un alcalde o la elección de un gobernador; agencias, servicios que están permanente a cargo de la ciudad y que crean, por lo tanto, procesos de corto plazo para resolver coyunturas, pero también de largo.

Tres, hay que expandir la participación y la gestión de las comunidades. Eso implica fortalecer a las comunidades, no solamente en la capacidad de participar, sino también de gestionar proyectos. Y aquí hago una mención particular al fortalecimiento del tercer sector. A pesar de que hoy día algunos sostengan que estamos en la crisis de las fundaciones, el tercer sector juega un rol fundamental en construir ese puente entre comunidades organizadas y el Estado.

Cuatro, hay que incrementar sustancialmente la inversión en las zonas desiguales de la ciudad. No hay manera de resolver las crisis que hoy día tenemos de vulnerabilidad, de segregación, de desigualdad, incluso las crisis que probablemente Daniel (*referido al expositor Daniel Johnson*) abordará en temas de seguridad, sin un incremento sustancial -y no un poco más- de gasto público en los territorios más vulnerables y más desiguales. Eso es una herida que, probablemente, es una bomba de tiempo, que ya estalló el 2019 y que podría seguir estallando.

Y, cinco, hay que gestionar el suelo. El suelo se ha convertido en la principal barrera para el desarrollo de las ciudades. Si queremos densificar bien, si queremos permitir la integración social, si queremos generar tributos adecuados, la gestión del suelo no es comprar terrenos o hacer planes reguladores, es la capacidad de tener tributos distintos -muchos han hablado de pasar del tributo a la propiedad al tributo al suelo; no a la vivienda, sino al terreno-; la regulación, es decir la capacidad de que las regulaciones estén puestas en las autoridades correspondientes, por ejemplo, a nivel metropolitano, para integrar el tema tributario; y los proyectos, levantar proyectos, no es simplemente un tema de tirar normas y ver que el mercado reaccione. Esto requiere iniciativa.

Y para que haya iniciativa y haya proyectos, se requiere poder, que es los tres primeros puntos.

Y por lo tanto -para terminar mis minutos-, hay que pasar del enfoque del pasado al enfoque del presente, que es un poco el que plantean incluso los ODS de Naciones Unidas; pasar a vivienda inclusiva; a transporte sostenible; a participación ciudadana y no solamente informativa; a valorización del patrimonio y no solamente protección; a resiliencia ante los riesgos y no solamente construir infraestructuras de mitigación; a acceso a espacio público y no solo cantidad de metros cuadrados; y a acceso justo al suelo y no solamente zonificación.

Muchas gracias.

FORO 2: INTERVENCIÓN DE CLAUDIA PASCUAL

La señora CLAUDIA PASCUAL.- Muchas gracias.

Muy buenos días a todas, a todos.

Agradecer la invitación.

Bueno, después de la exposición de Luis Eduardo Bresciani, yo no soy tan experta en la materia.

Pero quiero decir algunas cosas, precisamente, desde el punto de vista de los legisladores, las legisladoras, y a lo mejor, con un poquito de mayor audacia, producto de que soy Senadora apenas hace un año y ocho meses. Como no tengo tanto tiempo de responsabilidad y, por lo tanto, estoy menos acostumbrada a ciertas cosas, voy a decir algunas cosas un poquito más provocadoras desde el punto de vista de la legislación, en el sentido de cómo veo yo que no estamos funcionando, para poder ayudar a esta crisis de las ciudades.

Lo primero que quiero plantear -muy de Perogrullo, pero me parece importante recordarlo- es que las ciudades son creaciones humanas, y a ratos se nos olvida. Es como el Estado: parece una hipostatización, y se nos olvida que la creamos y que, por lo tanto, es factible de modificar, que es factible de innovar sobre la misma.

Y planteo esto porque nos reduce la capacidad innovadora, nos reduce la capacidad de pensar muchas veces sobre nosotros mismos y de poner sobre la mesa, por ejemplo, gran parte de la exposición que nos hacía Luis Eduardo Bresciani, pero al servicio de una mirada política; política de política pública, de política legislativa, y por lo tanto, de poder conversar qué es lo que queremos y buscamos.

Las ciudades no solo han sido los motores de desarrollo social, cultural, de crecimiento económico, sino que también son visiones de mundo, de qué es lo que queremos construir, de qué es lo que queremos ser como seres humanos.

Desde esa perspectiva, yo tengo la impresión, además producto de lo que ha sido la historia de la construcción de nuestras ciudades -sobre todo en América Latina, pero muy en particular en las chilenas-, de que esta concepción de motor de desarrollo social, cultural y crecimiento económico no siempre nos ha acompañado y no siempre ha respondido a un consenso social. Ha sido el trabajo de intereses interpuestos, contrapuestos y de lucha, inclusive, de esos intereses respecto de qué es lo que va prevaleciendo.

No hemos tenido una visión consensuada de cómo habitar la ciudad ni en términos de vivienda, ni en términos comerciales, ni en términos productivos y, mucho menos, sobre cuáles son los espacios públicos que debiéramos tener, que siento que es una de las grandes crisis que tienen nuestras ciudades.

Y por eso, a ratos en la historia, pareciera que la ciudad se debe a cómo se fueron buscando los espacios más exclusivos para las clases altas; a cómo se fue configurando a partir de la migración campo-ciudad; a cómo se fue configurando por la presión, en buena hora también, del movimiento de pobladores para poder ser incluidos en la ciudad a través de las tomas de terreno y del espacio habitacional, etcétera, etcétera; pero no con una, por así decirlo, concepción de cuál es la ciudad que queremos y cómo la vamos a construir y a planificar.

Desde ese punto de vista, siento que lo que menos hemos puesto al centro es la construcción de ese espacio público, la construcción de lo colectivo, que siento que es el gran sentimiento que debiera resolver la ciudad. No es la suma de los espacios individuales, no es la suma de las viviendas, no; es la construcción de comunidad, es la construcción de lo colectivo.

Y, desde ese punto de vista, no hay que pensar la ciudad sin abordar debates sobre la solidaridad, entendida como la no segregación, como el compartir y el acceder todos y todas, en la mayor cantidad posible, a los mismos recursos en materia de espacios públicos, áreas verdes recreacionales, servicios públicos y ofertas de los servicios privados también; no pensar esto sin los valores de la democracia, desde el compartir desde distintas visiones, desde distintas posiciones políticas, niveles socioeconómicos.

De repente, cuando muchos de los chilenos y las chilenas viajan a alguna ciudad de Europa, en particular de España, se admiran y encuentran fantástico esto de que todo el barrio baja -digo "baja" porque en general están en departamentos- al mismo bar. Y en el mismo bar se encuentra desde el mecánico automotriz hasta la profesora y otros profesionales. Por lo tanto, la convivencia es mucho más democrática. Sin embargo, acá si eso ocurriera en algunos de los barrios, todos empezarían a apuntarse con el dedo, porque no es mi mismo espacio, porque no son los mismos que yo quiero. Entonces, la segregación está muy muy presente en todos nosotros. Y, desde ese punto de vista, siento que tenemos que repensarnos en ese ámbito.

Por lo mismo, siento que el debate en esta materia, los problemas de segregación... o sea, pensar la ciudad sin enfocarnos en los problemas de segregación actual que tenemos, que se transmiten luego en la segregación educacional, en la segregación de la salud; que se expresan, por cierto, también en el territorio, en las carencias de derechos básicos para acceder al suelo y la vivienda -tenemos también una situación que yo creo que es relevante destacar, a propósito de lo que nos convoca en la pregunta-, es como si pensáramos la ciudad solo a partir de la vivienda y de resolver el déficit habitacional, absolutamente real. Es un criterio de realidad, no podríamos tapar ese diagnóstico, pero la ciudad no se construye solo a partir de las viviendas; se construye también por cómo accedemos a todos y cada

uno de los espacios cualitativos y cuantitativos, de servicios y de todas las cosas que queremos resolver en la ciudad. Los aspectos de la interacción cultural, del acceso no solo al espectáculo, sino también a la creación cultural en cada uno de los barrios, etcétera, yo creo que es muy relevante.

Yo quisiera destacar, desde esa perspectiva, que estoy plenamente de acuerdo con Luis Eduardo (*referencia al expositor Luis Eduardo Bresciani*) cuando menciono, dentro de las medidas que planteaba, por ejemplo, la de transferir e incrementar la inversión en zonas desiguales para poder hacer mayores espacios de igualdad.

Yo creo -y lo aprovecho de colocar como un desafío- que tenemos un tremendo desafío a partir de la oportunidad que presenta el *royalty*. El *royalty* minero no solo va a tener un beneficio para aquellas comunas mineras, sino que también va a tener un beneficio para las comunas más desposeídas de nuestro país a partir del Fondo Común Municipal. Y la posibilidad de invertir y pensar cómo cambiar esas comunas de forma no segregada, más inclusivas, más solidarias, más comunitarias es maravilloso, y, por lo tanto, cómo el recurso económico no solo se piensa en la voluntad política del periodo municipal o de gobierno regional o de parlamentario o de gobierno nacional.

Por eso decía al principio “ser más provocadora”.

Yo creo que lo que más nos falta desde el mundo de la política es pensar más allá del periodo de tiempo en que me toca estar a mí y pensar más allá de los beneficios de todas las personas, independiente de cómo voy yo ahí como representante político. Creo que esa mirada es sumamente relevante.

Yo quiero decir algo con mucho respeto: a mí no me parece que, por ejemplo, en la Comisión de Vivienda sean permanentes invitados todos los intereses inmobiliarios, mas no las organizaciones sociales que demandan de la ciudad construirse de otra manera. Entonces, por qué no hay mayor espacio democratizador que permita... Yo no estoy diciendo que no tenga que ir la Cámara Chilena de la Construcción, que no tengan que ir los desarrolladores rurales; pero porque ellos no pueden estar a la par del mundo académico, de las organizaciones sociales en el territorio, de las visiones de los equipos técnicos y políticos de los alcaldes y las alcaldesas, de los gobiernos regionales, para pensar más allá de la modificación chiquitita del artículo equis de tal o cual legislación.

Digo esto, porque me parece sumamente importante priorizar, centralizar la discusión en estos temas país más grandes con respecto a la crisis de las ciudades.

No se puede pensar en modificaciones a la Ley General de Urbanismo y Construcciones, a la propia Ordenanza General de la Ley de Urbanismo y Construcciones, al decreto ley N° 3.516 y todas y cada una de las legislaciones,

ordenamientos o normativas de planificación, si es que solo vamos a pensar en la representación de los intereses -de los intereses sectoriales, me refiero- y no en una mirada más integral.

Y, por otro lado, también, quisiera plantear que me parece tremendamente relevante también pensar las ciudades con sus diferencias territoriales y culturales.

Pensar la crisis de la ciudad en grande, como la de la Región Metropolitana, el Gran Santiago, no es lo mismo -y con esto voy terminando- que Concepción, pero mucho menos que Temuco, mucho menos que Valdivia, mucho menos que Antofagasta o que La Serena, por decir algo. Entonces, creo que también hay que pensar lo territorial y culturalmente pertinente.

Y, al mismo tiempo, quiero solo plantear que me parece relevante también poder promover y provocar al mundo de la academia a que la generación de conocimiento, a que las investigaciones y los estudios no solo puedan ser interpeladores de la política pública, sino que también ser más concretos para poder hacerlos, tomarlos y aprenderlos en instrumentos cotidianos de trabajo para el quehacer político.

Creo que nosotros, a veces, los políticos... Me carga decir "los políticos", porque me siento de verdad, a cincuenta años del golpe, como si estuviera hablando igual que Pinochet. Mejor, quienes son los representantes electos, en sus distintas ideas, es cierto que buscan mucho la modificación, la indicación, muy en chiquito. Si eso no conversa con la academia, y la academia a veces conversa solo desde lo grande o solo desde lo poco concreto que le puede servir a alguien tomador de decisiones, tenemos que buscar más códigos en común. Y yo creo que es factible.

Tiene que cambiar la representación pública en esa materia y tiene que cambiar también la academia en esa materia.

Es un esfuerzo que se puede hacer bidireccional.

Muchas gracias.

FORO 2: INTERVENCIÓN DE DANIEL JOHNSON

El señor DANIEL JOHNSON.- Muchas gracias, repito el agradecimiento a participar de este foro con grandes expositores. Es un honor. Y también felicitar todo el trabajo que ha hecho el Congreso Ciudades en su organización, en poner de relevancia temas que son fundamentales y que nos afectan a todos los que vivimos en ciudades. Por lo tanto, el alcance de las acciones y de las propuestas que podamos hacer aquí es -yo diría- de los más grandes que podrían tener las políticas públicas.

La fragmentación de que se ha hablado es un problema que afecta directamente a los temas de seguridad, que es lo que a mí más me interpela para hablar hoy día, porque evidentemente tenemos también, y en seguridad en particular, un problema aún más profundo en el tema de fracción. Porque los actores llamados a poder intervenir a través de programas o de políticas públicas que tienen que ver con la seguridad están aún más fraccionados y pertenecen a unos u otros sectores que tienen fines más propios. Por ejemplo, no podríamos desconocer el rol que tiene salud en temas de adicciones; lo que podría pasar con el Ministerio de Educación evidentemente en la deserción escolar o en temas que son factores de riesgo de inicio, no determinantes, por supuesto, pero factores de riesgo.

Entonces, esa dispersión, evidentemente, en materias de seguridad es aún más profunda.

Y comparto cien por ciento la necesidad de poder tener instancias que permitan mirar el territorio de una manera articulada. Y creo que ese puede ser uno de los principales roles del Congreso Ciudades, porque es en el territorio donde tenemos la natural mirada conjunta de las políticas públicas. Porque las políticas no se implementan en el aire, se implementan en la ciudad, se implementan en lugares concretos y, por lo tanto, es natural a la ciudad el poder coordinar las distintas intervenciones.

(El expositor apoya su intervención con una presentación digital).

Yéndonos a tiempos muy pretéritos, evidentemente los primeros asentamientos urbanos tuvieron como necesidad de vivir en conjunto porque descubrieron las formas de cultivar la tierra, la necesidad de distribuir el trabajo. Pero evidentemente las primeras formas de vida ya organizada en el territorio, los primeros asentamientos, hicieron evidente la necesidad de la seguridad en la ciudadanía. ¿Por qué? Porque, evidentemente, mantener los roles que tenían que cumplir las distintas instancias era algo natural, algo necesario que se hacía evidente en la vida en comunidad.

En los feudos esto se concentra, evidentemente; las familias estuvieron dispuestas incluso a pagar por que un señor feudal les proveyera de un nivel de seguridad mínimo.

No es nueva la seguridad, es una necesidad, y los ciudadanos están dispuestos a dejar de hacer cosas o a pagar por tener los beneficios que la seguridad les genera. Incluso hoy día, los ciudadanos estamos dispuestos a restringir libertades y restringir beneficios individuales por un beneficio común, que es lo que nos permite vivir en sociedad. Pero, evidentemente, esa necesidad de restringirnos hace que no estemos todos dispuestos a vivirla de la misma forma y, por lo tanto, impone la necesidad de mirar la seguridad como un factor determinante para la sana convivencia.

¿Por qué necesitamos la seguridad también? Porque hay necesidad de certezas. Sin certezas evidentemente no es posible proyectar una vida futura. Certezas desde las más básicas, por ejemplo, que cuando uno sale en la mañana de su casa sabe que tiene que llegar a un cierto lugar a trabajar y que después vuelve en la noche a la casa. Lo mínimo. Certezas que pueden ser las que me permiten disfrutar y gozar de un espacio público. Certezas que me permiten, ya en el largo plazo y en decisiones más profundas, proyectarme en la vida, por ejemplo, tomar la decisión de formar una familia, tomar la decisión de emprender incluso. O sea, si no tenemos seguridad, no tenemos certezas que nos permitan proyectarnos para desarrollarnos sanamente en el futuro.

La inseguridad evidentemente tiene múltiples dimensiones, pero no hay que confundir, porque no toda situación que afecta la seguridad es delito, y no todo delito tampoco afecta la seguridad.

Entonces, mirar a la ciudad desde la seguridad nos obliga no solo a mirarla desde el punto de vista delictual, sino mirarla de una manera mucho más amplia y considerando muchos factores diversos, que vamos a tratar de disgregar algunos en el transcurso de la presentación.

Primero, la inseguridad tiene costos, y hay costos que son sumamente evidentes y que son los primeros que se nos vienen a la mente a todos cuando hablamos de seguridad.

Primero, los costos de ser víctima. Evidentemente hay una pérdida material si es que uno fue víctima de un robo, por ejemplo. También puede haber un daño físico, también puede haber un daño psicológico y también puede haber los costos de todos los tratamientos necesarios para tratar de revertir la situación de la cual fuimos víctimas producto de la inseguridad.

Esos son costos tangibles, directos.

Pero también hay costos que son más difíciles de medir y que afectan a más personas y, por lo tanto, pueden ser incluso mucho más graves y más permanentes que los costos que un delito o que una acción insegura misma puede generar.

El temor es masivo, el temor afecta a muchas más personas que la persona misma que es víctima de un delito. El temor es permanente, es continuo, no es solo en el minuto en que uno sufre una pérdida, sino que es permanente durante la vida si es que no se controla.

El temor restringe comportamientos, y esto es muy importante. En la encuesta, en el Índice de Paz Ciudadana que nosotros construimos todos los años, medimos cuántas personas declaran que han dejado de hacer ciertas acciones por culpa o por evitar ser víctimas de delito. Más del 70 por ciento de las familias que responden declara que dejaron de ir a ciertos lugares; un número similar responde que dejó de salir a ciertas horas; en conjunto, más del 90 por ciento declara que tomó alguna acción, y hay un porcentaje importante incluso que declara que ha invertido, por ejemplo, en mejorar la seguridad de la casa, tomando decisiones de inversión que siempre tienen un costo alternativo relevante, quizás restringiendo otras acciones, como beneficios en los útiles escolares, o distintas acciones que puede ser muy beneficiosas para las familias. Pero las familias toman decisiones concretas de restringir ciertas acciones por la necesidad de sentirse seguras.

Lamentablemente, muchas de las inversiones que hacen las familias para sentirse más seguras no tienen beneficios en ninguno de los dos sentidos que una familia puede buscar: muchas veces no son útiles para evitar ser víctimas de un delito y muchas veces tampoco consiguen el beneficio de sentirse más seguros, y esto es algo que está medido y que lamentablemente funciona así.

La inversión pública se ve afectada directamente por la seguridad. Ya hablaba Luis Eduardo (*en referencia al expositor Luis Eduardo Bresciani*) de la necesidad de no segregar o pensar en cómo hacemos que las ciudades sean menos segregadas. Pero la verdad es que, aunque muchas veces se piensa que la infraestructura pública puede ser una herramienta muy relevante para mejorar la equidad ciudadana, si hay una percepción de inequidad en el territorio, evidentemente el uso de esa infraestructura pública va a ser muy distinto. Una infraestructura pública que no es percibida como segura, es una infraestructura pública que no va a ser usada. Un transporte que no es percibido como seguro, tampoco va a ser usado.

Por lo tanto, no podemos restringirnos a pensar en medir la ciudad, por ejemplo, con áreas verdes, distancia a servicios, equipamiento; muy pertinente, muy necesario evidentemente, son datos que sirven, pero que no son suficientes si es que no consideramos también qué tan utilizables son estos lugares por la seguridad que necesitamos percibir para poder hacer que estos lugares se usen.

Hablaba Luis Eduardo también de la segregación. Creo que mostró una foto muy parecida a esta; en Bajos de Mena era la suya. Tenemos ciudades segregadas, tenemos barrios inseguros, tenemos barrios que les hemos puesto

nombres y que los hemos clasificado, los hemos indicado y los hemos tratado de intervenir. Los hemos llamado “barrios inseguros”, “barrios críticos”, “barrios prioritarios”. Hemos montado programas desde la Intendencia metropolitana en tiempos pasados, desde la Subsecretaría de Prevención del Delito, desde distintas instancias, incluso, del Estado.

Lamentablemente, muy pocas veces hemos definido siquiera cuáles son los criterios de ingreso de un barrio para poder ser intervenido por estos programas. Si no definimos cuáles son los problemas que este programa quiere resolver, evidentemente es difícil determinar cuáles son las políticas que podrían mejorar esa condición. Y prueba de ello es que los casos de barrios (barrios críticos, prioritarios) que hayan egresado de la intervención son prácticamente nulos, porque si no sabemos cuál es el problema que queremos resolver en un barrio crítico, evidentemente no vamos a poder implementar un programa que se haga cargo de eso.

Y lo que sí es cierto -y no es que no haya habido voluntad para montar programas realmente serios para abordar estas situaciones- es que abordar situaciones de barrios que ya tienen problemas de inseguridad profundos es sumamente difícil. Y esto siempre lo ejemplificamos en la Fundación quizás como un barco hundiéndose, en el sentido de que tenemos muchos barrios críticos -y va aumentando la lista, todos los gobiernos arman listas nuevas de barrios críticos a intervenir-, pero lamentablemente buscamos evitar o sacar a estos barrios de esta condición, y no estamos evitando que los nuevos barrios que estamos construyendo sean barrios preventivos de inseguridad.

Por lo tanto, les decía: es como un bote hundiéndose, que estamos tratando con un tarro de sacar el agua de ese bote, estamos tratando de sacar esos barrios críticos, pero no estamos tapando el hoyo del bote, que son los barrios nuevos que estamos construyendo y, sobre todo -y esto es muy preocupante-, en situaciones en que el déficit habitacional se ha tomado casi en un cien por ciento la actividad del Ministerio de Vivienda, o al menos las prioridades del Ministerio; no digo que está haciendo solo eso.

Tenemos que pensar en esa ciudad que vamos a construir, en esas más de 600 mil viviendas que se declaran necesitar, y cómo las vamos a habitar y cómo vamos a hacer que esas viviendas que vamos a construir sean efectivamente preventivas de situaciones de inseguridad. El resolver situaciones de inseguridad que ya se generaron es mucho más difícil. Tenemos que reenfoarnos.

Otro ámbito: la inseguridad afecta la morfología de la ciudad. Aquí un ejemplo muy simple: las autopistas. Ya están pensando en las nuevas autopistas urbanas en cómo tienen que construir las salidas de las autopistas, las orejas de estos tréboles, las hojas de estos tréboles, porque, evidentemente, un trébol que es

angosto puede ser propicio para cometer delitos como un portonazo o una encerrona. Entonces, afectan la morfología directamente, por ejemplo, las autopistas.

Pero también ha afectado, y esto lo digo desde mi experiencia como exdirector del Serviu Metropolitano, que haya una presión ciudadana superimportante, y por eso hay que entender muy bien cuáles son las necesidades de la familia, para la construcción de viviendas que no fueran en altura.

Los departamentos eran algo que las familias y los comités de vivienda no deseaban directamente y trataban de que las viviendas fueran viviendas más bien unifamiliares. Cuando uno indaga un poco más cuáles eran las razones que estaban detrás de esto, evidentemente uno piensa en metros cuadrados, pero fue sorprendente descubrir que había factores de seguridad también muy determinantes. Las familias, las mamás, los papás, buscan que los niños jueguen en lugares al aire libre, que tengan acceso a áreas abiertas, pero quieren áreas abiertas que sean percibidas como seguras por ellos, quieren que sus hijos jueguen afuera de la casa, pero que jueguen en lugares que son seguros. Si ellos perciben que las áreas comunes de los condominios sociales, como solución habitacional, no son seguros, ellos prefieren tener sus propios patios para que sus niños jueguen, y sus propios patios determinan que las viviendas tienen que ser unifamiliares.

Entonces, la inseguridad afecta la morfología de la ciudad y presiona hacia cierta toma de decisiones, pero no solo en lo urbano... perdón, en lo público - porque evidentemente todo es urbano-, sino que incluso en los mismos conjuntos de viviendas sociales que estamos construyendo.

Entonces, ¿qué tienen que hacer las políticas públicas en vivienda y ciudad? Primero, evidentemente, considerar la necesidad de estar y sentirnos más seguros. Pero, principalmente, hacer un foco -esta es la interpelación del Congreso Ciudades- y considerar dentro de la toma de decisiones la seguridad como un factor fundamental para poder gozar de la ciudad.

Y aquí cuatro ideas.

Y con esto termino, pues ya sé que estoy en el tiempo.

Uno, considerar la seguridad en la planificación urbana. Algo que parece evidente (aquí tenemos a dos representantes del Gobierno Regional y a un exdirector de Desarrollo Urbano, o jefe de la División de Desarrollo Urbano; como le han cambiado el nombre al cargo, hoy día lo voy a tratar de decir correctamente) es la planificación.

Pero ¿qué factores de seguridad consideramos en la planificación urbana? Es un tema muy relevante. ¿Qué información tenemos disponible?, ¿cómo la leemos? Y aquí un puro ejemplo: se consideraban como un factor relevante, porque era lo que estaba disponible para tratar de definir la seguridad en los territorios, los decomisos, porque se estaba en los lugares donde se había

decomisado. Pero salía que el lugar más inseguro de Santiago en ese caso era la entrada al peaje de la ruta 68, porque era donde más decomisos se hacían. Evidentemente, hay factores que determinan condiciones de seguridad y otros que no son utilizables.

Entonces, primero planificación.

Segundo, simple: equipamiento. Sí, pero equipamiento con programas. Aquí no es “programa” en el sentido arquitectónico; los arquitectos aquí siempre me dicen “no, el programa es como que tenga un fin de uso”; pero no es solo eso, sino que ese programa se implemente, se use. A través de la Subsecretaría de Prevención del Delito, hemos buscado resolver el problema de seguridad a través de la construcción de canchas en barrios. Si las canchas no tienen un programa implementado, se pueden transformar en lugares sumamente peligrosos por las disputas que se producen para poder coordinar quién usa o quién no usa esos territorios.

Tercero, fortalecer la organización social, asociatividad, capacidades de resolución de conflictos, programas de apoyo durante la vida futura en los conjuntos de viviendas sociales. No termina un conjunto de viviendas sociales en el minuto en que se entrega, ni seis meses después, que ahora se amplió el programa de acompañamiento, sino cómo le damos capacidades para que a futuro puedan resolver conflictos.

Y, evidentemente, en un conjunto de viviendas sociales, uno lleva a personas a vivir que tienen distintas características. No pensamos que podamos restringir la entrega de una vivienda social a una familia, por ejemplo, que tenga antecedentes penales; no es razonable. Eso podría tener problemas aún más profundos. Pero si sabemos que hay factores de riesgo en una familia, tenemos que abordarlos. Y eso es responsabilidad del Estado.

Si vamos a llevar a vivir a personas a un conjunto de viviendas sociales, además de preparar a todas las familias para que puedan resolver problemas en conjunto, también tenemos que ver cómo el Estado se hace cargo de ciertas problemáticas sociales puntuales que pueden ser factores de riesgo que es necesario abordar.

La seguridad es un factor determinante para aprovechar los beneficios que las ciudades entregan.

Es perfectamente posible mejorar desde las políticas públicas las condiciones de seguridad.

Es fundamental, entonces, la prevención, considerando la seguridad del diseño de la ciudad y durante todo su período de implementación.

Muchas gracias.

FORO 2: INTERVENCIÓN DE CLAUDIO ORREGO

El señor CLAUDIO ORREGO.- Muchas gracias a todos los organizadores de este Congreso Ciudades, a todos los presentes acá, a mis copresentadores.

América Latina es el continente más urbanizado del mundo: 80 por ciento.

Chile es el país más urbanizado de América Latina, junto con Uruguay: probablemente el 90 por ciento de la población vive en ciudades.

Pero nuestra Constitución ni una sola vez menciona la palabra “ciudad”.

Y cuando se habla de “hacer ciudad”, lo que uno ve son pasos absolutamente de tortuga. No obstante el consenso académico que pareciera haber entre disciplinas tan distintas como la arquitectura, el transporte, la seguridad, la recreación, la salud, todo el mundo habla de la importancia de la ciudad, del gobierno de las ciudades, y sin embargo, avanzamos tan poco y tan lento.

Yo voy a hacer una presentación muy breve. Obviamente miro la problemática de la ciudad no solo desde Santiago, pero principalmente desde Santiago.

(El orador apoya su intervención en una presentación digital; por tanto, las referencias a imágenes se refieren a lo que está proyectado en pantalla).

Cuando uno les pregunta a los ciudadanos -acabamos de hacer varios cabildos-, mucha gente reacciona con esta imagen de Santiago que es la que, lamentablemente para algunos, grafica una suerte de estado anímico, aun cuando Santiago también tiene esta otra mirada, que es esta mirada de la modernidad, de la diversidad, de lo rural.

Y nosotros hemos tratado de decir “bueno, ¿cómo recuperar la ciudad para las personas?”. Desde lo simbólico, puede ser recuperar un patrimonio histórico. Este es el edificio más antiguo de la ciudad de Santiago, que estaba en un estado deplorable y vuelve a estar bello para los ciudadanos, y en consecuencia, genera un ámbito de seguridad.

Pero claramente va mucho más allá de una imagen, de una limpieza. Tiene que ver con hacernos cargo de los dolores más grandes de Santiago y de las ciudades, y de los enemigos principales de una buena ciudad.

Nosotros hemos planteado que Santiago, y en general las ciudades, tienen hoy día cuatro grandes enemigos. Por lo menos, en Santiago es evidente que así es: la desigualdad, la crisis climática, el crimen organizado y la fragmentación, que ha sido tan mencionada esta mañana.

Mira, yo te digo, cuando uno es gobernador, uno dice “yo no quiero ser gobernador de varios Santiago, me gustaría ser gobernador de un solo Santiago”; pero Santiago es varios Santiago.

Esta imagen es Santiago: podríamos estar en Copenhague.

Esto también es Santiago. Esta es la plaza Asunción de la población Paraguay, de la comuna de San Ramón. Le llaman “la plaza de los curados”. Ese es el único juego que hay para 40 mil habitantes de esa zona, que está ocupado por un ruco. No hay un centímetro cuadrado de área verde. Ha habido dos procesos participativos para hacer un diseño colectivo, que nunca han terminado en nada, y la mayor concentración de personas en situación de calle, más alcohol, más droga, viven en esta plaza.

Cuesta decirle a toda la gente de la población Paraguay que vive en la misma ciudad que la imagen del Costanera Center o el Parque Bicentenario.

Y esta desigualdad, creo yo, tiene un problema, porque al final cuando uno mira Santiago, y la ciudad entera, desde los promedios, Santiago está en general muy bien en promedio, respecto de otras ciudades de América Latina.

El problema es que los promedios se transforman en la tiranía de los promedios, porque eso que ustedes ven allá no son los promedios, sino cuando tú hablas de áreas verdes por metros cuadrados, de áreas verdes por habitante -y eso que La Pintana ha subido, porque hace poco era 1 metro cuadrado de área verde por habitante-; cuando tú miras el presupuesto municipal, que es muy importante -y es una regla del juego establecida, como diría Pato (*referido al Director de Planificación y Estrategia del Congreso Ciudades, Patricio Hales*), por la política-; cuando miras la distancia a un centro de salud -y eso que es entre lo rural y lo urbano, pero cuando tú miras dentro de lo urbano, también vuelve a ser gigantesca la distancia-.

Entonces, ante esta desigualdad, yo quiero decir que, más allá de todas las interpretaciones sociológicas que ha habido sobre el tema del estallido, yo creo que no hay nadie que haya desconocido que hay un malestar implícito respecto de esta distancia que hay entre la experiencia de ciudad que tienen algunos y la experiencia de ciudad que tienen otros. Como digo yo, desde las barricadas de basura de algunas poblaciones de Santiago, hasta los parques maravillosos de estándar europeo de otro lugar de Santiago.

Ahora, ¿qué podemos hacer? Muchas cosas.

Nosotros hemos tratado como Gobierno de Santiago de focalizarnos en proyectos. Aparte, ustedes conocen un poco los gobiernos regionales. Históricamente, eran los verdaderos bancos del mundo municipal. Les financiaban proyectos a los distintos municipios. Pero al final, reproducían parte de la desigualdad, porque los municipios con más recursos podían hacer mejores proyectos, los municipios con menos recursos no hacían nada.

Entonces, lo que hemos decidido es pasar de un 3 por ciento del presupuesto regional en proyectos regionales a un 40 por ciento del presupuesto regional en proyectos regionales, en dos años.

Proyectos como el canal Ortuzano, que hoy día es un basural a tajo abierto que atraviesa comunas como Cerrillos, Estación Central y Maipú, y que se va a entubar y se va a hacer un parque completo que ya está diseñado, está en licitación; el Parque Cerro Chena, un parque metropolitano para la zona sur de Santiago; el Mapocho Pedaleable y Caminable; el mirador de Cerros de Renca, que queremos que sea un nuevo parque metropolitano de la zona norte. Estos son proyectos de escala metropolitana que no pueden ser respondidos solamente por un municipio, y que buscan crear igualdad territorial.

Y como esto, te diría yo, hemos creado un indicador, además en la ciudad, que establece cuál es la prioridad de las comunas. Entonces, por ejemplo, Cerro Navia, que era una comuna que era número 1 en prioridad social y urbana, era número 47 en inversión regional. Hoy día es la número 1, la número 1 en necesidad. Y eso ocurre cuando la autoridad elegida tiene que responderle a la ciudadanía qué hace con sus recursos, y no es solamente una autoridad designada que solamente le responde a su jefe, que es el Presidente de la República.

En materia de crisis climática, esas imágenes son las dos caras más graves de la crisis climática en Santiago.

Yo sé que cuesta hablar de la sequía cuando estamos con un temporal, sistema frontal. Quiero decirles que seguimos en Santiago con sequía. Estamos muy por debajo todavía de un año promedio normal. Y, además, tenemos acumulados catorce años de sequía. Y el calor extremo, que es lo que se viene, es parte del desafío que tiene Santiago como ciudad.

Ahora, lo interesante es que este desafío está íntimamente vinculado al anterior. Es decir, la nueva cara de la desigualdad es el cambio climático. Los que tienen islas de calor, los que van a verse más expuestos a las olas de calor son los más pobres, los más vulnerables, los adultos mayores.

¿Qué hemos estado haciendo hoy día? Nuevamente, una mirada de región.

Nosotros reemplazamos un tercio de las ambulancias de Santiago por ambulancias con aire acondicionado en las comunas más pobres de la ciudad. Eso se hizo el año pasado.

Estamos partiendo con las olas de calor y ya nos estamos preparando como ciudad.

Tenemos un convenio con el MOP para el tema del agua potable rural; tenemos la plantación de 200 mil árboles, que partimos con los primeros 30 mil, además de sesenta y cinco bosques urbanos que van a estar en las zonas que se denominan "islas de calor".

Y por supuesto, algo interesante, estamos tratando de cambiar la cultura en materia hídrica, en materia de gestión de residuos, que es algo muy difícil.

Esa imagen, aunque ustedes no lo crean, es en una calle: San Juan de Chena, esto es en la comuna de Maipú. Acabamos de terminar su limpieza. Estamos hablando de 2.200 toneladas de basuras y residuos en un lugar público, gestionado por la mafia de la basura, y que de alguna manera es parte de la red de vertederos ilegales de Santiago.

¿Quién está a cargo de esto? Ya lo vamos a ver, nadie. O sea, todos y nadie; o sea, Fuenteovejuna. Y ese es parte del problema de Santiago: la gestión de residuos, la contaminación de los ríos, como vimos, es parte del desafío que tenemos como ciudad.

Ahora, seguimos enterrando la basura en Chile. En Italia no se entierra ni un solo gramo de basura. O se composta lo orgánico (el 98 por ciento de lo orgánico se composta) o se incinera o se recicla, pero no hay nada que se entierre. Nosotros ni siquiera estamos enterrando lo que estamos desechando.

La tercera, el crimen organizado. Ya hablaba Daniel de aquello (*referido al expositor anterior, Daniel Johnson*).

Yo creo que hoy día el gran drama de Santiago, y de Chile, es la pandemia de armas de fuego. Ya la gente no ocupa armas hechizas. Estamos hablando de un mercado secundario muy importante. Cómo será que hace pocos días el presidente de los armeros de Chile fue detenido por venderles; o sea, era literalmente el gato cuidando la carnicería. Ese caballero fue invitado muchas veces al Congreso Nacional para participar en la discusión de la Ley de Control de Armas y él vendía armas de asalto. ¿A quién? A los narcotraficantes.

Santiago tuvo la semana pasada la peor semana de su historia en materia de homicidios. Creo que fueron once homicidios en una semana. La mayoría de ellos por ajuste de cuentas, y por supuesto, algunos de ellos también de personas inocentes.

Ahora, yo pongo esta imagen, que es un retén móvil, sí; pero este lugar está en un lugar muy especial de Santiago: la Intermodal de La Cisterna. Por ahí pasan 200 mil personas todos los días. Es el lugar con más accidentes de Santiago y es el lugar con más robos de Santiago.

Ahora, ustedes dirán “¿falta Estado?”, como se ha dicho estos días. ¡No! Hay exceso de Estado. Hay once instituciones públicas en ese lugar: está el Metro; está Concesiones del MOP; está la concesionaria, por supuesto, de Américo Vespucio Sur y de la Intermodal; está el Ministerio de Transportes; está DTPM; está Carabineros; está, por supuesto, el Municipio; está la PDI, y estamos nosotros (estábamos..., yo no estaba).

Este es un lugar profundamente inseguro de la ciudad, y no hay nadie a cargo de él. Nadie que mire la ciudad como un todo. Entonces, el problema - volvemos al tema que planteaba Daniel también, y tanto la Senadora (*referido a la*

expositora anterior, la Senadora Claudia Pascual) como Luis Eduardo (*referido al expositor anterior, Luis Eduardo Bresciani*): la fragmentación hace que al final los problemas que tienen enfoques intersectoriales y multidisciplinarios simplemente nadie se haga cargo de aquellos.

O tenemos también problemas de centralismo. Este es un proyecto que nosotros le financiamos a la PDI, exactamente hace un año dos meses: el sistema biométrico para reconocimiento facial y también dactilar de personas que son los NN. Este proyecto lleva un año dos meses parado en el Ministerio del Interior, revisando las bases de licitación.

Honestamente, me parece indignante. Nosotros aprobamos el proyecto en dos meses, y lleva un año dos meses. Yo digo -por supuesto, no quiero licitar mal, no quiero que se haga a tontas y a locas, no quiero que se haga a un familiar de nadie- que demorarnos un año dos meses en tramitar unas bases de licitación para un proyecto que es esencial para la seguridad de la Región a mí me parece, por lo menos, inexplicable.

Y, por supuesto, está todo lo que hacemos.

A propósito de lo situacional, yo creo mucho -y fui alcalde ocho años e intendente cuatro- que la prevención o es integral o no es buena prevención del delito. Situacional, psicosocial y comunitaria, y con mucha fiscalización, porque al final tú fiscalizas las ferias, fiscalizas las botillerías, y vas bajando los factores de riesgo para la comunidad.

¿Cómo? Alarmas comunitarias, televigilancia, programas de prevención, de deserción escolar, seguridad ciudadana, en fin.

Y como decía Luis Eduardo -me copió la frase, no me la copió, la citó-, si uno solo tiene represión policial, todos los problemas parecen delitos consumados. Si uno tiene una caja de herramientas más amplia, uno se preocupa de la prevención, de la deserción escolar, uno se preocupa de la reinserción de los reos, uno se preocupa de los sitios eriazos, uno se preocupa de los narcos metidos en la comunidad, de los conflictos violentos, uno amplía la mirada.

Y uno de los problemas que hemos tenido en Chile es que los pocos programas que se han hecho para el enfoque integral, por ejemplo, el "barrios integrales" que le tocó a Paz Ciudadana, se cambió de Gobierno y se discontinuó. Y este era un enfoque, en el caso de Bajos de Mena, en el caso de la Parinacota, en el caso de La Legua, donde estábamos integrando a siete Ministerios distintos. ¿Por qué? Porque es muy costoso coordinar. Entonces, es mejor meter un programa de prevención del delito no más, o un programa de Carabineros, porque coordinar es muy difícil.

Y, por último, todo lo mencionado, el tema de la fragmentación.

A mí me encanta esta imagen, porque ustedes comprenderán que hacer una ciclovía en un paradero... yo no sé qué estuvo primero, si la ciclovía o el paradero. Lo que está claro es que hubo dos instituciones que no conversaron, y eso ocurre todos los días.

El costo para el Estado de la descoordinación y de la falta de integración territorial es gigantesco.

Yo el otro día recuerdo, cuando se hizo la ciclovía al costado del Mapocho, ahí a la altura de Vitacura, que no alcanzamos a inaugurarla y entró el MOP a destruirla para hacer el paso bajo nivel ahí en la rotonda Pérez Zujovic. ¿Saben lo que me respondió el funcionario de una institución del Ministerio de Vivienda, por no decir el Serviu? Me dijo: "Pero no importa, si la van a reponer". O sea, no importa gastarnos 1.200 millones de pesos durante dos años en hacer una obra para que después entre el mismo Estado chileno para destruir esa obra y después construirla de nuevo, y la va a pagar alguien, porque alguien va a pagar el tag y ahí estará incluido el precio. Entonces, el costo de la descoordinación es gigantesco, y eso es lo que nos pasa todos los días.

Esto para mí es lo opuesto. O sea, hoy día cuando hacemos el proyecto Nueva Alameda-Providencia, ¿qué hacemos? Integración del Gobierno nacional, integración del Gobierno de Santiago, integración de los municipios, trabajando en una visión compartida de ciudad, donde nos ponemos de acuerdo en lo que estamos haciendo.

Ahora, se habla mucho del tema de la gobernanza de la ciudad. Créanmelo, a mí me impresiona la miopía con la cual se está haciendo. Y les voy a poner un ejemplo, y con eso voy a ir terminando.

Esta es una imagen que a mí me encanta mostrarla: eso que está ahí a la izquierda era el cerro Santa Lucía, Huelén, hace exactamente ciento cincuenta años. Miren cómo está transformado hoy día. Alguien tuvo que tener la visión de decir "vamos a transformar la ciudad para las personas".

Bueno, lo que nos está pasando hoy día es que todos declaramos que se requiere una gobernanza que integre estas cuatro dimensiones: el cambio climático, la desigualdad, por supuesto el tema de seguridad, y esta fragmentación.

Sin embargo, cuando se hace -y aquí va el ejemplo concreto-: el Gobierno les acaba de ofrecer a los gobiernos regionales la transferencia de la única función en que está todo el mundo de acuerdo que tiene que estar a nivel territorial, que es la planificación territorial, los planes reguladores metropolitanos. Y nos ofrecieron todas las atribuciones, que las pedimos, por lo demás.

Entonces dijeron "son dieciséis regiones, dieciséis funcionarios, uno por región". No importa que esta región sea un poquito distinta a la Región de Magallanes, por ejemplo, que tiene 150 mil habitantes y diez municipios. Santiago

tiene 8 millones de habitantes; es lejos la región que tiene más modificaciones de planes reguladores comunales y metropolitanos; tiene cincuenta y dos municipios. ¡Y nos dan el mismo funcionario! Y cuando nosotros le representamos a la Subdere, la responsable de llevar a cabo la descentralización en Chile, nos dice “es que, mira, ley pareja no es dura”.

Entonces, yo digo, está bien la gobernanza de la ciudad; estamos haciendo cosas; no nos estamos quedando de brazos cruzados esperando que nos den atribuciones; nos estamos metiendo en la pata de los caballos.

Aquí -don Daniel sabe- tenemos hoy día el principal observatorio de delitos de la Región. Es un proyecto nuestro con Paz Ciudadana, la Fiscalía Sur y doce municipios. Algo absolutamente pionero, y no tenemos ni una sola atribución en prevención del delito.

Pero lo que no puede ocurrir es que el Estado siga tratando a todas las ciudades como si fueran exactamente iguales. No es lo mismo una ciudad monocomunal como Antofagasta, que una ciudad intercomunal metropolitana como Santiago, Concepción o Valparaíso. Mientras no lo entendamos, la descentralización va a estar siempre cojeando y en pañales.

Gracias.